



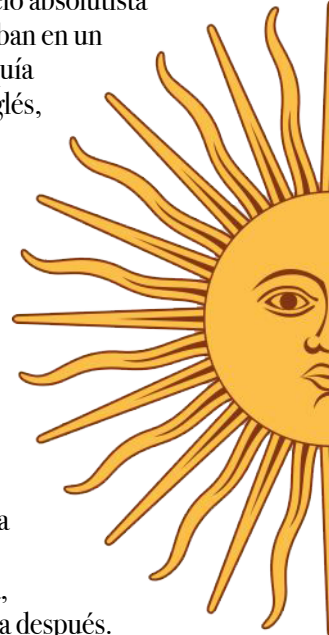
Manuel Belgrano

por F.M.

Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano nació el 3 de junio de 1770 y murió el 20 de junio de 1820. Vale decir que Belgrano ya había cumplido cuarenta años cuando sucedieron los acontecimientos de 1810. Por entonces Moreno frisaba los treinta y uno; Juan Larrea: veintiocho, Juan José Castelli tenía treinta y cinco, Domingo Matheu cuarenta y cinco, Manuel Alberti estaba a punto de cumplir cuarenta y siete, Cornelio Saavedra y Juan José Paso pasaban los cincuenta y Miguel de Azcuénaga andaba por los cincuenta y cinco. Si bien no integraron el Primer Gobierno Patrio, otros de los implicados en esos acontecimientos fueron: Bernardo Nicolás Rodríguez de la Peña treinta y cuatro años, Domingo Fench, treinta y cinco, Antonio Beruti treinta y siete, Hipólito Vieytes treinta y ocho y José de San Martín, que llegó al país dos años después de la revolución, tenía treinta y dos años aquel veinticinco de mayo y Bernardino Rivadavia acababa de cumplir treinta años. Bernardo Monteagudo que tampoco estaba en Buenos Aires el día de la revolución tenía por entonces veinte años. Monteagudo llegó a Buenos Aires en 1811, luego de la muerte de Mariano Moreno y de la Revolución del 5 y 6 de abril de 1811, que desplazó del gobierno al ala radical de la Revolución de Mayo, afianzando el poder del sector más conservador que lideraba por Saavedra. La Revolución de Mayo fue hecha por estos hombres, en su mayoría jóvenes, que

respiraban ansias de libertad. España había caído ante el avance napoleónico. Algunos representaban los intereses del sector de los comerciantes porteños que se hallaban limitados por las ideas monopólicas que imperaban en el virreinato, otros deseaban la abolición del modelo absolutista borbónico y pensaban en un modelo de monarquía más parecido al inglés, otros estaban fascinados por las ideas iluministas en su versión española.

A cuál de estas adhería Belgrano, el economista fisiócrata que fantaseaba con coronar como reina de estas provincias a la Infanta Carlota, primero, y a un inca después. ¿Era Belgrano un jovencuelo, algo afeminado, que entendía una suerte de revolución con buenos modales? La historia parece demostrar que no. Siempre que la enfrentemos sin el modelo “Billiken” (que nos ha dominado desde hace casi un siglo y medio), y mucho menos, como dicen algunos historiadores: a “Grosso modo”. Belgrano tuvo participación activa en el llamado “Motín de las trenzas” que es una de las páginas menos elegantes de nuestra



historia. Las versiones del modelo de república asolaron el ideario de nuestros revolucionarios. Un año después llegaba San Martín y derrocaba al Primer Triunvirato. Tal vez Moreno, Castelli, Monteagudo y sus seguidores eran partidarios de la forma revolucionaria francesa, guillotina incluida. Otros estarían enamorados de la

“Revolución gloriosa”, Inglaterra 1688, en la que la burguesía obtuvo sus reclamos y la cabeza del rey (Jacobo

II) permaneció firme junto a sus hombros. Esta revolución “sin sangre” no contabilizó la sangre de escoceses e irlandeses pese a que su efusión (sobre todo en Irlanda) se mantuvo por más de cuatro siglos.

Pero hablamos de Belgrano, y sí, es cierto: Belgrano creo

e hizo flamear nuestra bandera, pese a la oposición de Rivadavia, y defendió como pudo el septentrión de la patria. Belgrano se abrazó con San Martín en Yatasto quien logró, con la invaluable ayuda de Güemes, defender el norte para poder avanzar hacia Chile desde Mendoza, liberarlo, y después de esa titánica tarea lograr la liberación del Perú. Belgrano fue derrotado dos veces: es cierto, pero antes condujo a las fuerzas

independentistas en los triunfos de Salta y Tucumán y organizó la heroica maniobra que la historia recuerda como “El éxodo jujeño”. Las discusiones sobre el catolicismo de Belgrano y su pertenencia a la masonería son estériles. Ambas cosas son ciertas y no necesariamente contradictorias. El iluminismo en Inglaterra estaba fuertemente impregnado de anglicanismo, el francés era ateo y el español no siempre renegaba de las bases fundacionales del cristianismo mariano.

Belgrano estudió y se recibió de bachiller en leyes en Salamanca Esa universidad, tal vez la más prestigiosa de España junto con la Alcalá de Henares incluía Facultades mayores de Teología, Cánones y Leyes, y otras de Arte, Medicina y Filosofía; y también contaba con cátedras de Humanidades, Retórica, Música, Griego y Hebreo. Su rector era el Dr. Diego Muñoz-Torrero, un sacerdote de ideas liberales.

Merece un par de párrafos aparte la vida del sacerdote católico y doctor Diego Muñoz-Torrero que ya alejado de la rectoría de Salamanca fue diputado por Extremadura ante las Cortes de Cádiz en 1812. Muñoz-Torrero sostenía que a soberanía de la nación reside en el pueblo, reclamaba la separación de poderes, la abolición de la Inquisición y exigía la libertad de prensa diciendo: “La censura previa es el último asidero de la tiranía”. Retornado el absolutismo a la península, y pese a las promesas de perdón a “los afrancesados” de Fernando VII fue apresado y recluido en el monasterio de





Padrón en La Coruña, donde permaneció seis años. Tras la sublevación de Rafael del Riego Flórez, en 1820, fue puesto en libertad. Pero tres años después, los Cien Mil Hijos de San Luis enviados por la Santa Alianza devolvieron a Fernando VII sus prerrogativas absolutistas, dando comienzo a la Década Ominosa. Riego fue traicionado, derrotado y condenado a muerte. El 7 de noviembre de 1823 Rafael de Riego fue ejecutado por ahorcamiento y posteriormente decapitado. Se inició una persecución de los liberales y Muñoz-Torrero huyó a Portugal por Badajoz y en ese país encontró refugio. Cinco años vivió en tierras lusas, residiendo en anonimato en Campo Maior, pero en Portugal se produjo el levantamiento del infante Don Miguel, que lideraba el bando de la contrarrevolución. Dejó Campo Maior donde había sido reconocido y su presencia se hacía intolerable para los absolutistas y se dirigió a Lisboa presumiblemente para partir hacia sitios menos peligrosos, pero fue apresado. Muñoz-Torrero era ya un anciano que poco podía aguantar las penalidades, fue torturado y permaneció prisionero hasta su muerte ocurrida el 16 de marzo de 1829

En 1794, Manuel Belgrano estaba de regreso en Buenos Aires. Por entonces fue iniciado en la “Logia Independencia” fundada por Juan José Castelli, quien era su Venerable Maestro. Como derivación de esa logia Belgrano también integró la

“Sociedad de los Siete” que trabajaba en la Jabonería de Vieytes; y cuenta la historia que fundó y fue Venerable Maestro de la “Logia Argentina en Tucumán cuando comandó el Ejército del Norte”. Y a propósito de sus creencias religiosas, cabe destacar que el primer artículo del testamento del General Manuel Belgrano, fechado el 25 de mayo de 1820, vale decir: menos de un mes antes de que se produjera su fallecimiento, dice: “1ª Primeramente encomiendo mi alma a Dios Nuestro Señor, que la crió de la nada, y el cuerpo mando a la tierra de que fue formado, y cuando su Divina majestad se digne llevar mi alma de la presente vida a la eterna, ordeno que dicho mi cuerpo, amortajado con el hábito de patriarca de Santo Domingo, sea sepultado en el panteón que mi casa tiene en dicho convento, dejando la forma del entierro, sufragios y demás funerales a disposición de mi albacea”.

Así como el nombramiento para ser designado Obispo de Guadix de Diego Muñoz-Torrero quien fuera rector de la universidad donde Belgrano leyó, entre otros, a Adam Smith, a Locke, a Leibniz, a Burke no fue refrendado por el Papa (muy probablemente por los informes del ex-inquisidor granadino Verdejo, que era canónigo de Guadix y absolutista acérrimo), el cuerpo de Belgrano que sí fue ataviado con el hábito del patriarca de Santo Domingo, no descansa donde él lo pidió. El monumento que lo atesora se encuentra a la intemperie.



Miscelánea 1: Torturas clásicas: la Condesa sangrienta

por Alejandra Pizarnik

*Fruits purs de tout outrage et
[vierges de gerçures.
Dont la chair lisse et ferme
[appelait les morsures!*

Boudelaire

Salvo algunas interferencias barrocas –tales como la “Virgen de hierro”, la muerte por agua o la jaula– la condesa adhería a un estilo de torturar monótonamente clásico, que se podría resumir así:

Se escogían varias muchachas altas, bellas y resistentes –su edad oscilaba entre los 12 y los 18 años– y se las arrastraba a la sala de torturas en donde esperaba, vestida de blanco en su trono, la condesa. Una vez maniatadas, las sirvientas las flagelaban hasta que la piel del cuerpo se desgarraba y las muchachas se transformaban en llagas tumefactas; les aplicaban los atizadores enrojecidos al fuego; les cortaban los dedos con tijeras o cizallas; les punzaban las llagas; les practicaban incisiones con navajas (si la condesa se fatigaba de oír gritos les cosían la boca; si alguna joven se desvanecía demasiado pronto se la auxiliaba haciendo arder entre sus piernas papel embebido en aceite). La sangre manaba como un géiser y el vestido blanco de la dama nocturna se volvía rojo. Y tanto, que debía ir a su aposento y cambiarlo por otro (¿en qué pensaría durante esa breve

interrupción?). También los muros y el techo se teñían de rojo. No siempre la dama permanecía ociosa en tanto los demás se afanaban y trabajaban en torno a ella. A veces colaboraba, y entonces, con gran ímpetu, arrancaba la carne –en los lugares más sensibles– mediante pequeñas pinzas de plata, hundía agujas, cortaba la piel de entre los dedos, aplicaba a las plantas de los pies cucharas y planchas enrojecidas al fuego, fustigaba (en el curso de un viaje ordenó que mantuvieran de pie a una muchacha que acababa de morir y continuó fustigándola aunque estaba muerta); también hizo morir a varias con agua helada (un invento de su hechicera Darvulia consistía en sumergir a una muchacha en agua fría y dejarla en remojo toda la noche). En fin, cuando se enfermaba las hacía traer a su lecho y las mordía.

Durante sus crisis eróticas, escapaban de sus labios palabras procaces destinadas a las suplicadas. Imprecaciones soeces y gritos de loba eran sus formas expresivas mientras recorría, enardecida, el tenebroso recinto. Pero nada era más espantoso que su risa. (Resumo: el castillo medieval; la sala de torturas; las tiernas muchachas; las viejas y horrendas sirvientas; la hermosa alucinada riendo desde su maldito éxtasis provocado por el



antes de deslizarse en el desfallecimiento concluyente, eran: “Más, todavía más, más fuerte!”

No siempre el día era inocente, la noche culpable. Sucedió que jóvenes costureras aportaban, durante las horas diurnas, vestidos para la condesa, y esto era ocasión de numerosas escenas de crueldad. Infaliblemente, Dorkó hallaba defectos en la confección de las prendas y seleccionaba a dos o tres culpables (en ese momento los ojos lóbregos de la condesa se ponían a relucir). Los castigos a las costureritas –y a las jóvenes sirvientas en general– admitían variantes. Si la condesa estaba en uno de sus excepcionales días de bondad, Dorkó se limitaba a desnudar a las culpables que continuaban trabajando desnudas, bajo la mirada de la condesa, en los aposentos llenos de gatos negros. Las muchachas sobrellevaban con penoso asombro esta condena indolora pues nunca hubieran creído en su posibilidad real. Oscuramente, debían de sentirse terriblemente humilladas pues su desnudez las ingresaba en una suerte de tiempo animal realzado por la presencia “humana” de la condesa perfectamente vestida que las contemplaba. Esta escena me llevó a pensar en la Muerte –la de las viejas alegorías; la protagonista de la Danza de la Muerte. Desnudar es propio de la Muerte. También lo es la incesante contemplación de las criaturas por ella desposeídas. Pero hay más: el desfallecimiento sexual nos obliga a

gestos y expresiones del morir (jadeos y estertores como de agonía; lamentos y quejidos arrancados por el paroxismo). Si el acto sexual implica una suerte de muerte, Erzsébet Báthory necesitaba de la muerte visible, elemental, grosera, para poder, a su vez, morir de esa muerte figurada que viene a ser el orgasmo. Pero, ¿quién es la Muerte? Es la Dama que asola y agosta como y donde quiere. Sí, y además es una definición posible de la condesa Báthory. Nunca nadie no quiso de tal modo envejecer, esto es: morir. Por eso, tal vez, representaba y encarnaba a la Muerte. Porque ¿cómo ha de morir la Muerte?

Volvemos a las costureritas y a las sirvientas. Si Erzsébet amanecía irascible, no se conformaba con cuadros vivos, sino que: A la que había robado una moneda le pagaba con la misma moneda... enrojecida al fuego, que la niña debía apretar dentro de su mano.

A la que había conversado mucho en horas de trabajo, la misma condesa le cosía la boca o, contrariamente, le abría la boca y tiraba hasta que los labios se desgarraban. También empleaba el atizador, con el que quemaba, al azar, mejillas, senos, lenguas...

Cuando los castigos eran ejecutados en el aposento de Erzsébet, se hacía necesario, por la noche, esparcir grandes cantidades de ceniza en derredor del lecho para que la noble dama atravesara sin dificultad las vastas charcas de sangre.

Miscelánea 2: Si los tiburones fueran hombres

por Bertolt Brecht

-Si los tiburones fueran hombres – preguntó al señor K la hija pequeña de su patrona–, se portarían mejor con los pececitos?

-Claro que sí –respondió el señor K–. Si los tiburones fueran hombres, harían construir en el mar cajas enormes para los pececitos, con toda clase de alimentos en su interior, tanto plantas como materias animales. Se preocuparían de que las cajas tuvieran siempre agua fresca y adoptarían todo tipo de medidas sanitarias. Si, por ejemplo, un pececito se lastimase una aleta, en seguida se la venderían de modo que el pececito no se les muriera prematuramente a los tiburones.

Para que los pececitos no se pusieran tristes habría, de cuando en cuando, grandes fiestas acuáticas, pues los pececitos alegres tienen mejor sabor que los tristes. También habría escuelas en el interior de las cajas. En esas escuelas se enseñaría a los pececitos a entrar en las fauces de los tiburones. Estos necesitarían tener nociones de geografía para localizar mejor a los grandes tiburones, que andan por ahí holgazaneando. Lo principal sería, naturalmente, la formación moral de los pececitos. Se les enseñaría que no hay nada más grande ni más hermoso para un pececito que sacrificarse con alegría; también se les enseñaría a tener fe en los tiburones, y a creerles cuando les dijese

que ellos ya se ocupan de forjarles un hermoso porvenir. Se les daría a entender que ese porvenir que se les auguraba sólo estaría asegurado si aprendían a obedecer. Los pececillos deberían guardarse bien de las bajas pasiones, así como de cualquier inclinación materialista, egoísta o marxista. Si algún pececillo mostrase semejantes tendencias, sus compañeros deberían comunicarlo inmediatamente a los tiburones.

Si los tiburones fueran hombres, se harían naturalmente la guerra entre sí para conquistar cajas y pececillos ajenos. Además, cada tiburón obligaría a sus propios pececillos a combatir en esas guerras. Cada tiburón enseñaría a sus pececillos que entre ellos y los pececillos de otros tiburones existe una enorme diferencia. Si bien todos los pececillos son mudos, proclamarían, lo cierto es que callan en idiomas muy distintos y por eso jamás logran entenderse. A cada pececillo que matase en una guerra a un par de pececillos enemigos, de esos que callan en otro idioma, se les concedería una medalla al coraje y se le otorgaría además el título de héroe. Si los tiburones fueran hombres, tendrían también su arte. Habría hermosos cuadros en los que se representarían los dientes de los tiburones en colores maravillosos, y sus fauces como puros jardines de recreo en los que



da gusto retozar. Los teatros del fondo del mar mostrarían a heroicos pececillos entrando entusiasmados en las fauces de los tiburones, y la música sería tan bella que, a sus sonos, arrullados por los pensamientos más deliciosos, como en un ensueño, los pececillos se precipitarían en tropel, precedidos por la banda, dentro de esas fauces. Habría asimismo una religión, si los tiburones fueran hombres. Esa religión enseñaría que la verdadera vida comienza para los pececillos en el estómago de los tiburones. Además, si los tiburones fueran hombres, los pececillos dejarían de ser todos iguales como lo son

ahora. Algunos ocuparían ciertos cargos, lo que los colocaría por encima de los demás. A aquellos pececillos que fueran un poco más grandes se les permitiría incluso tragarse a los más pequeños.

Los tiburones verían esta práctica con agrado, pues les proporcionaría mayores bocados. Los pececillos más gordos, que serían los que ocupasen ciertos puestos, se encargarían de mantener el orden entre los demás pececillos y se harían maestros u oficiales, ingenieros especializados en la construcción de cajas, etcétera. En resumen: si los tiburones fueran hombres, en el mar habría por fin una cultura.

Tiempo

por Basil Slobodan

El tiempo es lo más valioso que podemos llegar a tener. Más valioso que nada en la existencia, porque es irrecuperable. A veces se lo reduce injustamente con que “el tiempo es dinero”. Dejame decirte que el tiempo que usas para hacer dinero, no lo recuperarás más. El segundo que acaba de pasar en este mismo instante que estás leyendo, por más que tengas todo el dinero acumulado del mundo en una cuenta bancaria, no hará que lo recuperes. Tan invaluable como sabio, nos lleva a reflexionar sobre la muerte y por ello, sobre la vida que vivimos. En estos momentos, cada minuto que pasa,

a causa del hombre, la Tierra se enferma, perece, junto a todos los microorganismos que se encuentran dentro de ella. Y te podría decir que el ser humano es necio, ambicioso, y unas cuantas de cualidades viciosas más. Pero no, sólo una parte de ellos. Tenemos a disposición genios, científicos, sabios, personas con ganas de hacer, cambiar y transformar. Es que hay muchas personas en un letargo, corriendo tras algo sin valor ni posterioridad, sin medir consecuencias, arrastrando a otros al mismo lecho de muerte. Estas dormido, hay que despertar. Si tenes hijos, lee esto atentamente, porque sus vidas depende



del despertar de muchos. Tenemos a disposición fuentes de energías renovables, pero usamos petróleo y contaminamos el aire. Incluso, se ha utilizado el plomo como combustible y se esparció por el aire. Podemos construir de manera ecológica (permacultura), aprovechando los recursos de la naturaleza para enfriar o calentar una casa

sin necesidad de aires acondicionados o estufas. Tenemos paneles solares y con uso consciente de la energía, podemos alimentar muchos hogares, sin necesidad de tarifas ni contaminaciones. Si podemos tener a disposición una huerta comunitaria, siendo organizados y colaborativos, con frutas y verduras frescas, sanas y ricas GRATIS, ¿por qué



El Café de Marco



Tte. Gral. J.D. Peron 1259, C.A.B.A.
Reservas: (+54 11) 4381-6849
elcafedemarco@gmail.com
www.elcafedemarco.com.ar

Temático:
Masonería y Revolución de Mayo
Declarado sitio de interés cultural
Resolución 245/2015



Legislatura Porteña
CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES



estamos pagando cada vez más caro por frutos que contienen agrotóxicos? Existen autos que funcionan con energía solar y seguimos preocupados por llenar el tanque y que esta práctica sea cada vez más cara, para el bolsillo como para el planeta. ¿Hasta cuándo seguiremos con este ritmo desenfrenado de enfermedad psíquica, emocional y corporal de regalar lo más valioso que tenemos? Es cierto que con estos cambios muchos puestos de trabajo se reducirán y hasta desaparecerán. Pero a partir de ellos, dedicaremos el tiempo a

cosas más importantes, trascendentales y valiosas, como curar el lugar que vivimos. Eso hará que el tiempo transcurrido, se valúe exponencialmente.

Tic tac, se nos acaba el tiempo, aquello que es irrecuperable. ¿Cuánto tiempo falta para que te suene la alarma y te despiertes? Tic tac, es tiempo de abrir los ojos, levantarte, alzar la mano y hacer tu voto. ¿A qué candidato? Al planeta, haciendo, cambiando y transformando. Si estas despierto, corré la voz, anda a la puerta de tu vecino y despertalo.

Cine

N. de R.

El 2 de enero de este año, Alejandro Guerrero escribió en Prensa Obrera, órgano del Partido Obrero, una nota a propósito del 120° aniversario del nacimiento de Sergei Eisenstein; en ella dice:

“Un marxista tan sutil (y polémico) como Walter Benjamin, dijo que el arte cinematográfico es el representante perfecto de la modernidad, de la era industrial: el arte llevado a la categoría de masividad. Ese fenómeno, decía él, había comenzado con la fotografía, capaz de reproducir al infinito una obra: gracias a ella, sostenía, ya no era necesario disponer del dinero necesario para ir al Louvre a ver La Gioconda; ahora, la foto llevaba la pintura de Da Vinci a la casa de

todo el mundo. El arte perdía su ‘aura’, dada por la exclusividad –y, añadiríamos nosotros, por el elitismo– y podía hacerse patrimonio de todo el pueblo. No por nada, añadía Benjamin, el nacimiento de la fotografía coincide con el del primer gran auge del socialismo. Con ella un hecho, en sí y por sí irrepetible, permanece en la imagen para siempre. En el cine, agregaba, el arte ya ni siquiera pierde aquel ‘aura’, porque la masividad dada por la técnica de la repetición está en su sustancia misma”.

Jean Luc Goddard incluyó en su segunda película, *Le Petit Soldat*, una frase que descontextualizada se ha tomado como una declaración de principios de su parte; en ella sostiene que “fotografiar un rostro



es fotografiar el alma que hay detrás de él. La fotografía es la verdad. Y el cine es una verdad veinticuatro veces por segundo”. Y cierra el concepto diciendo: “... Y cada corte es una mentira”.

Akira Kurosawa dijo: “Considero el cine como una concentración de artes. El cine es un trabajo complejo que reúne elementos de la pintura y la literatura... Uno no puede hablar de cine sin hablar de literatura, de teatro, de pintura y de música... Muchas artes se convierten en una sola. Pese a todo, una película es una película”. Federico Fellini sostuvo que: “Hablar de sueños es como hablar de películas, ya que el cine utiliza el lenguaje de los sueños: años pueden pasar en segundos y se puede saltar en un lugar a otro”. Y para Pier Paolo Pasolini: “No hay nada que obligue tanto a mirar las cosas como hacer una película. La mirada de un literato sobre un paisaje rural o urbano puede excluir una infinidad de cosas, recortando del conjunto sólo las que le emocionan o le son útiles. La mirada de un director de cine sobre ese mismo paisaje, en cambio, no puede dejar

de tomar consciencia de todas las cosas que hay en él, casi inventariándolas”. Podríamos seguir con frases ricamente decoradas con la profundidad filosófica de Gilles Deleuze, Merleau-Ponty, Fredric Jameson o Rancière; y agregarle –desde la voz de los realizadores– el sarcasmo de Hitchcock, la poética de Antonioni, el refinamiento de Visconti, los debates metafísicos de Bergman, el compromiso político de Pontecorvo y el rigor estético de Leonardo Favio. Pero también el cine puede fotografiar mentiras y repetir las veinticuatro veces por segundo, transformar a asesinos en héroes y convertir estrepitosos fracasos militares en gestas heroicas; y para esto tiene una capacidad formidable.

Podríamos, azarosamente tal vez, tomar el caso del general Charles George Gordon un soldado ambicioso y extravagante que tenía un enemigo terrible llamado El Mahdi, un caudillo popular que pretendía volar el Canal de Suez. Gordon representa al orgullo del imperio por su misión civilizatoria. Eso que Rudyard Kipling llamó “la pesada carga del

**SOLUCIONES GRÁFICAS
Y CREATIVAS PARA LA
COMUNICACIÓN DE SU
EMPRESA.**

HOW, design & print group

Maure 2491 - (C1426CUS)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
T. (011) 4852 1200/Ext 252
info@howdesign.com.ar
howdesign.com.ar



hombre blanco”. El general Gordon termina sitiado en la ciudad de Karthoum y es derrotado, las tropas de Mahdi “el elegido por Allah” arrasaron la ciudad y se produce la escena con que gusta exhibirse la grandeza de este general del imperio. Gordon se vistió de gala y salió a enfrentar a los guerreros triunfantes. Apareció por una escalera y empezó a descender hacia sus enemigos. Lo mataron con una plebeya lanza. Años más tarde se filmó una película llamada “Khartoum” y Gordon sería encarnado por Charlton Heston. Este actor había sido Mo hombre blanco”. El general Gordon termina sitiado en la ciudad de Karthoum y es derrotado, las tropas de Mahdi “el elegido por Allah” arrasaron la ciudad y se produce la escena con que gusta exhibirse la grandeza de este general del imperio. Gordon se vistió de gala y salió a enfrentar a los guerreros triunfantes. Apareció por una escalera y empezó a descender hacia sus enemigos. Lo mataron con una plebeya lanza. Años más tarde se filmó una película llamada “Khartoum” y Gordon sería encarnado por Charlton Heston. Este actor había sido Moisés, para poner un enemigo a semejante altura convocaron a Sir Laurence Olivier para interpretar a Mahdi. La crítica coincidió en que el sahakespereano Olivier había estado espantoso y que Charlton Heston lo superaba. (Dice un crítico del que obviamos el apellido: “Para que a un actor de la calidad de Heston le robe una a Sir Laurence... convengamos que Olivier

tiene que haber actuado muy, muy mal). Antes de Gordon en Karthoum se produjo el acontecimiento conocido como la carga de la brigada ligera. Sucedió en octubre de 1854. La cuestión es que –mal informados y peor conducidos– más de seiscientos dragones imperiales cargaron contra un ejército ruso de veinte o más escuadrones de infantería, con medio centenar de piezas de artillería y jinetes húsares y cosacos. Fueron devastados en un valle al que el poeta Lord Alfred Tennyson llamó Valle de la muerte. Se refería una y otra vez a “los seiscientos” como mártires heroicos, caballeros de la gloria y el coraje. Así, una derrota absoluta se transforma en un triunfo propagandístico y una poetización de la guerra y la muerte. Hollywood haría también un sonado film titulado, justamente, “La carga de la Brigada Ligera” protagonizada por Errol Flynn actor que también encarnaría a George Armstrong Custer, campeón del colonialismo interno y muerto en el Little Big Horn a manos de los guerreros de Caballo Loco. El film se llamó “Murieron con las botas puestas”. Se estrenó en 1941, en plena Segunda Guerra Mundial, y hacía de Custer un romántico algo desmedido que entregaba su vida defendiendo (como todos ellos) la causa de la civilización que encarna el hombre blanco. Nadie habló nunca del triunfo de Caballo Loco. Cecil Rhodes es otro ejemplo de titán del imperio británico endiosado por el cine. “Rhodes of Africa”, película inglesa de

1936 dirigida por Berthold Viertel, cuenta la vida de este empresario, colonizador, político y genocida. En verdad: Rhodes era un megalómano sensacional que ambicionaba África para sí y también para Inglaterra. Creía en la superioridad del hombre blanco con más iracundia que Kipling. A un vasto territorio del continente lo bautizó Rodhesia en su propio honor. Un proyecto desmedido que acabó en galletita chocolatada. También se lo conoce como el padre del sistema de segregación racial conocido como el apartheid. Su salud no acompañó sus ambiciones y la permanencia de su nombre no proviene de alguna hazaña militar sino por representar el temple mercantil británico con su espíritu aventurero y su racismo. Murió antes de los cincuenta años. Rodhesia cambió su nombre por Zimbabwe, que ya no suena inglés.

Contradicciones aparte, el cine es altamente provocativo: el movimiento de cuadros fijos para generar la ilusión y el manejo discrecional de imagen y tiempo, tanto desde la captura hasta las múltiples posibilidades narrativas que ofrece el montaje –todas potenciadas a la enésima por el avance de la tecnología– han inaugurado un espacio que invita a la reflexión y al debate.

En “Filosofía de la Imagen” editado por Ana García Varas en 2011, capítulo 7, “Cruce de miradas con las imágenes.

La pregunta por imagen como pregunta por el cuerpo” su autor, Hans Belting,

sostiene: “En el cine, la imagen y el medio se relacionan de un modo apenas transparente. Su efecto radica en el movimiento de la bobina del proyector, cuyas imágenes provocan la ilusión de la actualidad. Si la imagen fotográfica se ha fijado mediante el salto temporal entre el momento en que surge (antes) y en el que se observa (ahora), el cine produce una sincronía ficticia de acontecimiento (ahora) e imagen (ahora).

En SINCRONÍA Revista de Filosofía y Letras Departamento de Filosofía / Departamento de Letras y Humanidades de la Universidad de Guadalajara, México, dice Arturo Chavolla: “Así pues, ver y escuchar películas tiene una enorme importancia filosófica. Es una especie de representación de la caverna de Platón. Pero los habitantes de la caverna cinematográfica no son prisioneros sino que, en buena parte, son personas que están ahí buscando placer. Utilizan las películas para aceptar y comprender el mundo que habitan, conociendo a cierto nivel que el mundo del cine difiere del mundo en general. De hecho se muestra que la gente corriente no es muy sofisticada con el problema de la apariencia y la realidad. A diferencia de los filósofos ni le temen ni sufren por saber cómo resolverlo. (...) Si todo ello es cierto, valdría la pena que los que nos dedicamos a la filosofía frecuentáramos a las salas de cine con la actitud de quien se acerca a las librerías especializadas, es decir, buscando por donde se encuentran las



expresiones novedosas. Si el cine es como sospecho, el espíritu de una época de imágenes, tal vez encontremos en la sala

de cine el material de trabajo sobre el que mañana habremos de levantar nuestros conceptos”.

Miscelánea 3: Tres cocineros y un huevo frito

por Macedonio Fernández

Hay tres cocineros en un hotel; el primero llama al segundo y le dice: “Atiéndeme ese huevo frito; debe ser así: no muy pasado, regular sal, sin vinagre”; pero a este segundo viene su mujer a decir que le han robado la cartera, por lo que se dirige al tercero: “Por favor, atiéndeme este huevo frito que me encargó Nicolás y deber ser así y así” y parte a ver cómo le habían robado a su mujer.

Como el primer cocinero no llega, el huevo está hecho y no se sabe a quién servirlo; se le encarga entonces al mensajero llevarlo al mozo que lo pidió, previa averiguación del caso; pero el mozo no aparece y el huevo en tanto se enfría y marchita. Después de molestar con

preguntas a todos los clientes del hotel se da con el que había pedido el huevo frito. El cliente mira detenidamente, saborea, compara con sus recuerdos y dice que en su vida ha comido un huevo frito más delicioso, más perfectamente hecho. Como el gran jefe de fiscalización de los procedimientos culinarios llega a saber todo lo que había pasado y conoce los encomios, resuelve: cambiar el nombre del hotel (pues el cliente se había retirado haciéndole gran propaganda) llamándolo Hotel de los 3 Cocineros y 1 Huevo Frito, y estatuye en las reglas culinarias que todo huevo frito debe ser en una tercera parte trabajado por un diferente cocinero.

Los Wandervogel (Pájaros Errantes) - parte 1

Jhon de Graff

“He tenido el privilegio de caminar con la juventud de otro mundo... los apóstoles de una vida completamente nueva para jóvenes y viejos por igual... Con su espíritu, el antiguo cielo y la vieja tierra -de sospecha y egoísmo y odio- quedarán atrás”.

Stanley High Revuelta de la Juventud, 1923

Estas palabras suenan como las de un Charles Reich recién vuelto del perfumado humo de Woodstock, fervorosamente empeñado en exaltar la nueva contracultura estadounidense. Pero provienen de las páginas de un volumen medio siglo anterior a su libro El reverdecer de América. Lo encontré por



casualidad mientras buscaba Psicología Colectiva del Fascismo de Wilhelm Reich en una biblioteca de Wisconsin. Su título, *Revolución de la Juventud*, me intrigó, y así me convertí en la primera persona que lo retiraba desde 1940. Noté que había sido leído con interés a diez años de su publicación en 1923, para ser dejado luego casi sin tocar. Stanley High (después hizo la biografía del evangelista Billy Graham), registra resplandecientemente en su pequeño libro la cultura juvenil que surgió tras los horrores de la Primera Guerra Mundial. Aunque habla de, muchos países, la que recibe su mayor alabanza es la juventud de Alemania.

El entendimiento retrospectivo aporta algo profundamente perturbador a las descripciones de High. “La juventud del mundo”, escribía, “está señalando el camino hacia el nuevo día que los estadistas han sido incapaces de traer... un nuevo internacionalismo está apareciendo.” En Alemania, “la revolución de la juventud” es “la esperanza para el futuro”, con una flamante contracultura que se alza frente al “materialismo desalmado” de la sociedad industrial y comercial. “Desde cada ciudad a través del país uno ve este vuelo de la juventud alemana hacia las colinas y el campo abierto.” “Acompañados por un esparcido golpeteo de guitarras... ostentando guirnaldas de flores salvajes, sus viejos encordados cargados de capullos” los jóvenes wandervogel (pájaros

errantes) de Alemania diseminan amor, paz y alegría por la tierra. “Festivales largamente olvidados revivían en enormes celebraciones al aire libre,” escribe High, “y comenzó a aparecer el espíritu de regreso a la naturaleza.” La camaradería natural prevalece entre estos jóvenes alemanes, con libertad de compañerismo sexual, “las muchachas con vestidos campesinos,” los muchachos como “payasos multicoloridos”.

Expresa High: “Nada tan claramente detestado como la imposición de una autoridad convencional y nada tan amado como la naturaleza.” High describe las cooperativas, las escuelas libres y las misas folklóricas (“hay una inexplicable reacción contra el cristianismo convencional”) del movimiento juvenil alemán, con la clara creencia de que está amaneciendo la Edad Dorada de la humanidad. Y hay allí más que un toque de júbilo en su observación sobre el abierto apoliticismo de los jóvenes germanos. “Los intereses políticos están tendiendo a desaparecer, grandes fuerzas espirituales están en ascenso”, escribe. “Los participantes se han manifestado siempre contra el alineamiento político”.

High remarca al pasar que algunos observadores sugieren que estos mozos pacíficos, felices y afortunados podrían ser pronto militaristas una vez más, destinados a los campos de batalla de “otra guerra para ganar de nuevo un lugar bajo el sol.” Nada que ver, dice él. El reverdecer de Alemania ha tendido



raíces hondas, y el movimiento juvenil es “demasiado espontáneo y está libre de la dirección de las fuerzas que podrían hallarse sumamente interesadas en un desarrollo que diera base adecuada para la alarma”. No obstante, dieciséis años más tarde; los jóvenes alemanes desatarían los horrores de su blitzkrieg sobre el mundo por la gloria de Adolfo Hitler.

No pude evitar, leyendo *Reuelta de la juventud*, la verificación de un paralelo entre los jóvenes alemanes de High y nuestra propia contracultura en los Estados Unidos. Pero, como Charles Reich, High parecía tan rutilante y sus observaciones tan exentas de cualquier perspectiva histórica, que hubiera sido sencillo descartar las similitudes como mera coincidencia, si yo no hubiese observado más en detalle el fenómeno contracultural alemán. Los paralelos apenas insinuados en *Reuelta de la juventud* se amplían y fortalecen en el curso de una investigación más intensiva. Durante el cuarto final del siglo XIX, Alemania pasó por un vasto y veloz proceso de desarrollo industrial. Su población dejó el campo para amontonarse en los centros urbanos dominados por el humo de la industria pesada. Impulsado por una providencial abundancia de recursos y la intervención económica estatal, este repentino y enorme boom económico produjo una población materialmente confortable, incluyendo una próspera clase media, y “comparando con los modelos de otros países occidentales, las clases

trabajadoras también tenían poco motivo para la queja, al menos desde un punto de vista material.”

Pero, escribe H. W. Koch de la Universidad de York, ‘fueron precisamente este vertiginoso adelanto industrial y el cambio tecnológico los que se convertirían en el factor principal del nuevo aire de incomodidad que comenzó a producirse entre los jóvenes... Sin embargo, a grandes rasgos, la creciente ola de argumentos contra la modernidad industrial poseía más un carácter de irrupción emocional que un análisis racional de la condición social. Y en esa reacción emocional contra la modernidad industrial se encuentran, antes que otra cosa, los orígenes del Movimiento Juvenil Alemán, y finalmente, en su forma más perversa, los de la Juventud Hitlerista. Fue un entusiasmo que rechazaba el desarraigado objetivismo de los intelectuales y la metodología positivista de las ciencias naturales, dado que a ello se debía –según sostenían– el horrible sistema factoril que una vez más reducía al individuo libre a un estado de servidumbre impersonal.”

En 1896, el movimiento juvenil Wandervogel se formó con los chicos del Berlín suburbano que salían hacia los bosques para retirarse de una vida que, pese a ser próspera, había perdido significado. Tales jóvenes, muchos de ellos con pelo largo, fueron incrementados por otros variados grupos de jóvenes alemanes que intentaban de alguna



manera protestar por la vida formal y tediosa de sus padres. Los líderes de este movimiento, que creció velozmente durante los años iniciales de este siglo, eran visionarios, ideológicamente pacifistas e internacionalistas, por mucho que detestaran las prácticas políticas del Partido Social Demócrata alemán. Tal vez el más destacado de sus líderes haya sido Gustav Wyneken, que promovió el concepto de una Jugendkultur (cultura juvenil) librada de las perniciosas influencias del comercio y del estado alemán. Fue Wyneken quien dio el programa del gigantesco cónclave de millares de jóvenes alemanes en la montaña llamada Hohe Meissner en octubre de 1913. “Sobre todas las cosas,” dijo Wyneken en su apasionada denuncia de la guerra y su profética descripción

del nazismo, “detestamos el infructuoso patriotismo que se sumerge en palabras y emociones, y que a expensas de la verdad histórica, obtiene su entusiasmo mirando hacia atrás.”

Pero la gente joven que vitoreó a Wyneken aquel lluvioso atardecer no sabía nada de la historia, ni de las técnicas del lavado de cerebro. La única guerra que valía la pena pelear, había dicho Wyneken, era la apuntada a abolir la antigua sociedad burguesa comercial para hacer posible un mundo mejor. Tristemente para los jóvenes alemanes, ésa fue la guerra en la cual los amos industriales de su nación les convencieron que debían pelear, apenas diez meses después, en agosto de 1914, marchando así rumbo a las trincheras y las tumbas.

Sobre los parques

por Pachakutek

Las consecuencias de la Revolución Industrial sucedida entre los S XVII y S XIX en Europa, fenómeno que se irradió a todo el mundo, con especial énfasis en el mundo occidental, fueron variadas. En cuanto a lo que respecta a la demografía, se dio un crecimiento desenfrenado y caótico. Surgían problemas como los de la congestión y producción anárquica del espacio, la carencia de infraestructura y saneamiento,

y el problema de los asalariados, en relación al hacinamiento. En dicho contexto, se buscó una solución, la de modelizar la ciudad moderna, que se concretó en la propuesta del urbanismo funcionalista tecnocrático. Este modelo, que tuvo su auge desde mediados del S XIX hasta 1960 aproximadamente, propuso racionalizar el uso del espacio urbano, maximizando la circulación, desde una concepción organicista que

Sobre los parques



contemplaba a la ciudad zonificada. En este marco, el espacio público sería el espacio de la integración, de la urbanidad, del vínculo social. En palabras de Manuel Delgado, “el espacio público pasa a concebirse como la realización de un valor ideológico, lugar en el que se materializan diversas categorías abstractas como democracia, ciudadanía, convivencia, civismo, consenso, entre otras.”

La historia nos muestra que fueron notorios masones quienes estuvieron involucrados de lleno en este giro rotundo en la manera de entender este modelo de ciudad disciplinada, y disciplinadora. En la Ciudad de Buenos Aires, se pueden observar estos rasgos en lo que se dio a llamar el Parque Tres de Febrero. La denominación de este parque se debe a la fecha de la batalla de Caseros, el tres de Febrero de 1852, día en que el ejército de Rosas fue derrotado por las fuerzas unitarias. Tan sólo trece días después de su derrota, el Decreto Provincial N° 1474 estableció que todas las propiedades pertenecientes a Don Juan Manuel de Rosas que existían en el territorio de la provincia de Buenos Aires pasaban a ser de pertenencia pública. A él pertenecían las tierras que veintidós años después de la contienda, serían inauguradas como el Parque Tres de Febrero, el once de noviembre de 1875 en el marco del gobierno de Nicolás Avellaneda.

Vale notar que el proyecto fue comenzado en la presidencia de Domingo Faustino Sarmiento, promulgada la ley de creación

del parque en su mandato; fue transferido a la jurisdicción de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires en 1888. En este sentido se puede vincular al proyecto civilizatorio de Sarmiento con el control del ser humano sobre el espacio público, así como la reivindicación de prácticas científicas bajo el paraguas del naturalismo incipiente del S XIX. Forman parte del Parque Tres de Febrero el Jardín Botánico y el Jardín Zoológico, ambas muestras del poder del ser humano como dominante sobre la flora y la fauna respectivamente, caminos hacia el orden y el progreso. También el jardín japonés, el rosal, el planetario, y clubes de encumbrados miembros.

Sobre el proyecto modernizador de Sarmiento es importante destacar el aspecto relacionado a las políticas migratorias. Es conocida su distinción entre el gaucho y lo europeo, dualidad que traza y relaciona analógicamente con naturaleza y cultura; civilización y barbarie; aptitudes físicas e inteligencia; ausencia de trabajo y cultura del esfuerzo. Estas características polarizadas del gaucho americano y del europeo migrante son visibles en su obra cumbre, el Facundo, exponente del pensamiento iluminista de su época que priorizaba cierto tipo de migración a nuestro país respecto de otras.

Las consecuencias de este pensamiento y su aplicación en las políticas migratorias de Argentina son visibles las estadísticas migratorias. Si en 1869 el porcentaje de



población de nuestro país nacida en el extranjero era del 12,1%, fue del 25,4% hacia 1895, y tuvo su pico máximo en el 29,9% hacia la década de 1910. Este número decreció paulatinamente desde ese momento hasta llegar a un aproximado del 4,5% en 2010, dato que puede acallar ciertas versiones de aluviones migratorios que no se condicen con la realidad actual de nuestro país.

Estas líneas no pretenden dar a conocer datos antiguos cual Vademecum, sino compartir algunas preguntas con todos ustedes, que me surgen al momento de pensar el espacio público urbano, sobre el caso puntual del Parque Tres de Febrero, pero también son trasladables a otros espacios.

¿Cuán distinto es el modelo propuesto por nuestro otrora Gran Maestro, y el actual en la Ciudad de Buenos Aires, de enrejado de espacios públicos, espacios públicos cada vez menos públicos? ¿Qué criterio se utiliza para las concesiones de dicho espacio público? ¿Quiénes se

convierten en sujetos deseables, y otros que no tanto, en este lugar? ¿Veremos algún día, en una de las zonas más caras de la Ciudad, un jardín boliviano, o peruano? ¿O nos tendremos que conformar con la belleza pura e intocable del asiático jardín japonés? ¿Qué opinaría Domingo Faustino del nuevo proyecto que se está armando en lo que fue el jardín zoológico? A modo de cierre quiero compartir con ustedes esta breve anécdota: se dice ha habido cierta controversia entre Sarmiento y Avellaneda en cuanto a la elección del árbol que plantarían el día de la fundación del parque, acto en el que ambos estuvieron presentes. Avellaneda proponía una magnolia, y Sarmiento el más autóctono arrayán. Tras el discurso de Sarmiento, Avellaneda selló la incógnita plantando una magnolia, la cual se encuentra hoy en el territorio del Jardín Japonés, enrejada, y con la respectiva placa conmemorativa. Solo basta dar una vuelta por allí.

Hegel-Haití, según el pensamiento de Susan Buck Morss.

por Pedro L. San Miguel

Parece que para algunos pensadores aquello de “Libertad, igualdad y fraternidad”, no es algo: universal, a-histórico y no contingente; sino una suerte de privilegio exclusivo de

los beneficiados por el arbitrio de la soberanía divina (tal como sostienen los calvinistas), o de los pertenecientes a razas excelentes según Darwin/Galton



“El azúcar sería demasiado caro si no trabajaran los esclavos en su producción. (...) Es casi imposible tenerles lástima. Resulta impensable que Dios, que es un ser muy sabio, haya puesto un alma, y sobre todo un alma buena, en un cuerpo enteramente negro”.

Montesquieu

(El espíritu de las leyes, 1748)

Hay obras escritas de tal forma que generan la impresión de que son de una gran simplicidad, aunque en realidad sus planteamientos centrales sean extremadamente complejos y sofisticados. Es ése el caso, para poner un ejemplo, de Jorge Luis Borges, cuyos cuentos, por la manera en que están escritos, a veces transmiten la sensación de ser obras livianas, de que constituyen meros juegos verbales. Pero nada más alejado de la verdad. Tras esa escritura diáfana, carente de preciosismos verbales o de metáforas rebuscadas, se encuentran solapados algunos de los cuestionamientos más perspicaces que se hayan efectuado a no pocas de las ideas predominantes en la cultura occidental. El libro de Susan Buck-Morss comparte esa cualidad de los escritos de Borges; comparte con éstos, también, el misterio que rodea el título de obra. Porque, ¿no es acaso Hegel, Haiti, and Universal History, el título del libro reseñado, tan arcano como “El

Aleph”, “El jardín de senderos que se bifurcan” o “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, provenientes estos últimos de la narrativa de Borges? Como en los cuentos de Borges, tras un misterioso rótulo Buck-Morss encubre un texto que se caracteriza por la tersura de su escritura y su agudeza. Comparte con la escritura borgiana otro aspecto más importante: si bien su punto de partida aparenta ser de una sencillez extraordinaria, su intención radica en discutir algunas de las concepciones más inveteradas de la modernidad —sobre todo la idea de la “historia universal”—, develando algunos de sus más recónditos silencios. Para ello, parte de las ideas de uno de los fundadores de la noción de la “historia universal”, el filósofo alemán Georg Wilhelm Frederick Hegel (1770-1831). Es probable que, para muchos, Hegel sea meramente uno de los precursores del pensamiento de Karl Marx. No obstante, el caso es que Hegel es una de las figuras más relevantes del pensamiento moderno, entre otras cosas debido a su concepción acerca de la historia. A ella subyace la noción de la libertad, que tiene un lugar central en el pensamiento del filósofo alemán. Precisamente, una de las representaciones más conocidas de Hegel acerca de la libertad sirve como punto de partida a Buck-Morss para dilucidar la relación entre Haití y la

“historia universal”. Me refiero a la discusión del filósofo alemán acerca de la dialéctica del amo y el esclavo, que aparece en su *Fenomenología del espíritu* (1807) y que, como señala Buck-Morss, forma parte del análisis de Hegel del “reconocimiento mutuo”. Este asunto constituyó un tópico fundamental de la Ilustración, como ejemplifica también el relato de Robinson Crusoe y de su encuentro con Viernes, aborígen rescatado por Crusoe y que se convierte en su compañero y servidor. De ahí parte Buck-Morss para destejer el texto hegeliano con el fin de rastrear la huella de Haití en el pensamiento del filósofo. Contrario a la creencia más generalizada, que asume que éste se basó en la esclavitud de la Grecia antigua, Buck-Morss afirma que la imagen de la relación amo/esclavo empleada por Hegel está inspirada en la esclavitud moderna, concretamente en la de Haití. Hegel, por cierto, es más bien crítico respecto de las fuentes que inspiraron su imaginario sobre la esclavitud y sus nociones acerca de la relación entre amo y esclavo. No obstante, Buck-Morss efectúa una virtual labor “arqueológica” que le permite desenterrar los orígenes profundos de las ideas de Hegel en torno a esos temas. Sobre el particular, la autora comienza

estableciendo el papel central que ocupó la idea de la esclavitud entre los pensadores ilustrados, término que, para ellos, se convirtió en una suerte de metáfora ya que constituía lo opuesto a lo que, entre los pensadores dieciochescos, se concebía como el mayor valor político: la libertad. Pese a ello, aclara Buck-Morss, muchos pensadores de la época no percibían ninguna contradicción entre el “discurso de la libertad” y la existencia de la esclavitud. Por supuesto, la esclavitud era un fenómeno colonial, por lo que en los cenáculos literarios e intelectuales de Europa sólo se sentían lejanos y esporádicos ecos de los horrores que ella generaba. Mas tales ecos resonaron fuertemente en los oídos de Hegel, a juzgar por los planteamientos de Buck-Morss. Siguiendo las sugerencias de Pierre-Franklin Tavarès—quien fue el primero rastrear la presencia de Haití en la obra de Hegel—, Buck-Morss afirma que Hegel maduró la idea de la “dialéctica del amo y el esclavo” en los años 1803-1805 como resultado, en buena medida, de su lectura en la prensa de noticias acerca de Haití. Pero ésta no fue la única fuente de la cognición de Hegel sobre Haití: Buck-Morss afirma que el filósofo recibió reverberaciones de los sucesos de Haití gracias a sus conexiones con la masonería. El caso es, como

Hegel-Haití



enfatisa la autora, que Hegel sabía de las luchas de los “esclavos reales” por la libertad. Así que, en su filosofía de la historia, convergieron “la teoría y la realidad” y “la metáfora de la ‘lucha a muerte’ entre el amo y el esclavo” devino la clave para representar el desarrollo de la libertad en la historia universal. Aún así, el papel central de Haití en la configuración del pensamiento hegeliano quedó sepultado, constituyendo otro ejemplo más de ese “silenciamiento del pasado” —sobre todo del de Haití—al que se refiere Michel-Rolph Trouillot (1995). Buck-Morss propone que la relación entre “el fenómeno llamado Hegel y el fenómeno denominado Haití”, que originalmente estaban interconectados, quedaron radicalmente disociados como resultado de “la historia de su transmisión” como objetos de conocimiento. Por tal razón, se puede alegar que el libro de Buck-Morss refiere al menos dos historias ejemplares: una acerca de cómo se

ha elaborado el eurocentrismo y otra de “cómo la construcción de un objeto de investigación a lo largo del tiempo puede ocultar tanto como lo que ilumina” En el caso particular de la noción de la “historia universal”, sucede que la misma sufrió una suerte de inversión. Entre fines del siglo XVIII e inicios del XIX, los esclavos y los libertos de Haití, debido a la revolución que protagonizaron, estuvieron más cerca que ningún otro grupo humano de personificar los ideales de la libertad y, por ende, de encarnar —de acuerdo al esbozo hegeliano de la historia—ese “espíritu del mundo” que subyace a la idea de la “historia universal”. Irónicamente, esa experiencia histórica quedó solapada en el gran esquema hegeliano, en el cual Europa— en especial el mundo germánico—terminó siendo el baluarte de la “historia universal”. Tal transposición respondió en buena medida a una concepción racializada de la historia según la cual los esclavos de Haití, por ser negros y de origen



MARCO ANTONIO
JOYAS



africano, no podían representar ideales tan magnos como la Libertad y la Historia Universal—así, con mayúscula. No empee (*) su crítica profunda a la construcción hegeliana de la “historia universal”, Buck-Morss está lejos de repudiar tal concepto. Al contrario, en el segundo ensayo que compone su libro, titulado precisamente “Universal History”, la autora reclama la necesidad de recuperarlo, si bien transformándolo de manera que Occidente no sea concebido como el eje único y absoluto de una historia universal. De concretarse su llamado a radicalizar el concepto de la “historia universal”, la historia de Haití y de los esclavos que lucharon por la libertad—por la de ellos, sin duda, pero metafóricamente también por la de muchos otros humanos—jugaría, seguramente, no el papel marginal que ha ocupado hasta ahora en los relatos históricos, sino un papel central y determinante. Ello,

entre otras cosas, porque entonces los esclavos rebeldes de ese diminuto y, hoy en día, empobrecido país caribeño pusieron a prueba, machete y tea en mano, los límites de las ideas de la Ilustración, las cuales siguen, en el presente, moldeando muchas de nuestras nociones acerca de lo que implica ser humano.

(*) El autor emplea esta inflexión del poco usado verbo intransitivo “empecer” (la RAE admite solo su uso en infinitivo y en tercera persona, tal como en este caso) que significa: impedir, obstar. Y por extensión: ser (una cosa) impedimento u obstáculo para la realización o consecución de algo.

Referencia Trouillot, Michel-Rolph. 1995. *Silencing the Past: Power and the Production of History*. Boston: Beacon Press. Referencia Trouillot, Michel-Rolph. 1995. *Silencing the Past: Power and the Production of History*. Boston: Beacon Press.

Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Revista Nuestra Gazeta



Editorial: Respetable Logia Mariano Moreno N°201

Director: Venerable Maestro Pachakutek

Equipo de Edición: Fernando Musante, Daniel Lucas, Javier Dantas

Distribución: Nicolás Cano Rojas

Impresión:

Redacción: Material suministrado por Respetable Logia Mariano Moreno 201

Para comunicarse con la editorial, hágalo a través de nuestro correo electrónico:

info@marianomoreno201.com.ar

¡Agradecemos a todos los que auspiciaron con nosotros!